

—¡Ah padre mío! exclamó la joven abrazándole á su vez: tú que eres tan bueno, ruega al cielo que no me castigue por haber sido durante tanto tiempo bastante ingrata para desconocer á vosotros tres, que me queréis tanto!

CAPÍTULO XIV

Felicidad.

La comida preparada en el palacio para que diera principio á las cuatro de la tarde, y como de despedida, era magnífica; el Conde de Montilla, en cumplimiento de los deseos de su prima Lucrecia, había persuadido á su tía, y á todos los convidados, de que debían salir para Madrid al día siguiente.

Lucrecia, con su aire de reina, con su magnífica belleza, con su alta cuna, y sobre todo con su opulenta dote, ejercía en el ánimo de su primo una influencia irresistible: los devaneos de Francisco eran sólo ilusiones de sus sentidos: su corazón y su cabeza se hallaban acordes para no desperdiciar tan rico enlace y en el que tan halagada se veía su vanidad.

Eu aquella comida había además otro oculto fin: el de satisfacer el celoso despecho de Lucrecia y su venganza sobre Carolina: por lo tanto, se había invitado á aquella comida á los esposos Villena y á sus hijos; pero sólo Hortensia debía

asistir con sus padres, pues los dos muchachos eran hasta tal punto montaraces, que no se podía contar con ellos.

Pero, con gran sorpresa de los dos primos y prometidos esposos, y á eso de la una de la tarde, se recibió un billete de Carolina excusándose de asistir al convite, y casi al mismo tiempo llegó otro del pintor Vargas, en el cual decía que un acontecimiento inesperado, y para él muy dichoso, le obligaba á salir aquel mismo día del palacio, aunque llevaba la grata esperanza de verles en Madrid dentro de muy breve tiempo.

Estos dos billetes alteraron un poco el buen humor del Conde y de su prima: sobre todo Lucrecia se hallaba inconsolable, porque sin saber cómo ni por qué, se le escapaba su venganza, aquella venganza que tanto había deseado.

Dejémosla consolarse con los preparativos de marcha, á los cuales debían seguir los de su próximo enlace, y bajemos al jardín, en el cual, y esperando la hora de comer, estaba Villena divirtiéndose con sus groserías de cuartel á algunos de los huéspedes.

Bajo el gran tilo, y á la fresca sombra que su anchurosa copa proyectaba, se hallaban sentadas cuatro personas. Vargas, esposa, Carolina y su marido, que aquel día, accediendo á los ruegos de su mujer, no había ido al trabajo.

—A Dios gracias, mi querida niña, ya eres dichosa, dijo Wilna, tomando la mano de la jo-

ven: yo también lo soy, pues he hallado á mi Luciano, á este Luciano á quien con tanto afán he buscado por espacio de diez y siete años, y el cual á su vez me ha buscado también por todas partes.

—¡Es posible! exclamó Carolina.

—¡Sí, hija mía! Dios quería castigarme haciéndome pasar tan largo espacio de soledad y abandono, para que comprendiese cuánto había perdido por mi culpa: los mismos países hemos recorrido; las mismas pesquisas hemos practicado, y sin embargo, hasta hoy no hemos podido hallarnos.

La voz bronca de Villena interrumpió el dulce acento de la alemana, apostrofando duramente á su mujer.

Berta pasaba silenciosa y triste, según su costumbre, por el sitio en que se hallaba Villena haciendo reír á sus oyentes.

—¿Qué haces aquí? gritó aquél con aspereza; ¿no *te mandé* que fueras á ver por qué no quería venir Carolina?

—Amigo mío, perdona, repuso Berta con dulzura: está enferma.

—¡Enferma, enferma! ¡tendrá las enfermedades tuyas! ¡Está bueno que se haya atrevido á negarse, cuando estos señores le han hecho el favor de invitarla!

Sin duda alguna que Berta no respondió, porque su marido siguió hablando con sus com-

pañeros de paseo, y se le oyó decir con tono brusco é irritado:

—¡Yo debiera haberme ahorcado antes de casarme con esta mujer!

—Es V. muy descontentadizo, caballero, dijo uno; la señora me parece muy distinguida, y habrá sido muy bella.

—¡Distinguida! repitió con amargura el ex-teniente; ¿y para qué me sirve á mí la distinción? ¡Uf! ¡lo que me sucede es que se me indigesta!

Desde las primeras palabras que había articulado Villena, la esposa de Luciano se había estremecido: levantóse ansiosa y miró á través del ramaje de los árboles durante algunos instantes.

Luego se volvió y tomó á Carolina de la mano; una sonrisa tristísima entreabría sus labios: hizo acercar á la joven al sitio por donde ella había estado mirando y le dijo:

—¡Mira! ¡ese es el hombre de quien te hablé, y por quien yo fui ingrata y cruel con Luciano!

—¡Cielos! ¡qué veo! exclamó Carolina; ¡mi padre!

—¡Sí! ¡tu padre! ¡tu padre era el hombre con quien yo soñé tanto tiempo! ¡el hombre por quien olvidé á mi marido, á mis hijos, al mundo entero! ¡tu padre es el hombre con quien yo me hubiera casado, á no ser porque la mano de Dios me apartó del precipicio! Pero es tu padre, y no soy yo quien debe repetirte los odiosos defectos de un hombre á quien debes respetar: sólo debo acon-

sejarte que digas cada noche mirando á tu marido:

—¡Bendito sea Dios! ¡bendito mil veces por la dicha que me ha dado!

Carolina contempló á Bernardo; unió sus manos y elevó los ojos al cielo, murmurando una oración.

—Adiós, Carolina, prosiguió Wilna, besando á la joven en la frente: vuelvo á la humilde casita que alquilé en este pueblo; pero vuelvo á ella con mi marido; con el único apoyo que Dios concede y permite á la mujer honrada: vén tú á verme á ella en tanto que llega el día que debo volverme á Madrid con Luciano: yo te enseñaré que de toda la gloria, de todos los renombres que puede conseguir la mujer, es el más bello y verdadero el que le alcanzan las modestas virtudes que derraman en el hogar doméstico el santo perfume de la paz, de la alegría y de la felicidad. No olvides que á la sombra de ese tilo recibiste una dura y provechosa lección; y cuando tu hermosura, tu talento, tus gracias, en fin, te conquisten esos pérfidos homenajes que sólo sirven para alterar la paz del alma y para despertar en ella culpables ambiciones, vénte aquí bajo esta sombra protectora, recuerda el desengaño sufrido, y adquirirás fortaleza para combatir, oyendo la augusta voz de tu razón, la voz desapacible de tu padre y los tristes suspiros de tu madre, que, para desgracia suya, me fué preferida.

Wilna, así que hubo pronunciado estas pa-

labras, tomó el brazo de su esposo y salió del jardín al campo, perdiéndose ambos bien pronto á lo largo del cercado que llevaba á las calles de la aldea.

—¿Quieres excusarte con esa anciana señora que te ha convidado? preguntó Bernardo á su esposa; no me parece justo; vé, que yo te esperaré aquí.

—No, respondió Carolina; nada tengo que ver con esas gentes: vamos á casa, á nuestra casa, Bernardo; cenaremos en familia, y luego yo bordaré y tú leerás la vida del santo en voz alta, en tanto que nuestro padre fuma su tabaco negro y nuestra madre trabaja en su calceta: yo necesito reposo y felicidad para nuestro hijo.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que estoy escuchando? exclamó Bernardo abriendo los brazos á su mujer; ¿será posible?...

—Soy madre, respondió Carolina: hoy he adquirido la certidumbre de esa felicidad: vamos á nuestra casa á ser dichosos y á prepararnos para educar en la virtud al hijo que Dios nos envía!

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

de las materias que contiene este tomo.

| | Páginas. |
|--|----------|
| PRÓLOGO..... | 7 |
| CAPÍTULO I. Un filósofo por fuerza..... | 37 |
| II. Carolina..... | 49 |
| III. Comentarios..... | 61 |
| IV. Donde el lector hallará á un antiguo conocido..... | 69 |
| V. Escenas de la vida íntima..... | 81 |
| VI. La incógnita..... | 91 |
| VII. La cacería..... | 105 |
| VIII. Seducción..... | 115 |
| IX. Veneno entre flores..... | 123 |
| X. El café..... | 131 |
| XI. La cita..... | 143 |
| XII. A la sombra de un tilo..... | 155 |
| XIII. El despertar..... | 165 |
| XIV. Felicidad..... | 171 |

FIN DEL ÍNDICE.